

SECCION II. — LOS HECHOS.

§ I. — El cristianismo y el imperio romano.

I.

Nos hallamos en presencia del cristianismo católico. Sus defensores dicen que es idéntico con la libertad. Tiene, en efecto, siempre la palabra libertad en los labios. Pero es preciso ver lo que quiere decir libertad. Los romanos, bajo cuyo imperio se formó y propagó el catolicismo, confundían la libertad con la soberanía, es decir, con la dominación. Después de luchas seculares, el partido democrático se encontró vencedor; tratará sin duda de organizar el régimen de la libertad. Sí, á su manera. La democracia es soberana, y pretende reinar, pero delegando su soberanía en un César. Hé aquí la libertad antigua; no pide más que una cosa, el poder; el pueblo domina en tiempo de los emperadores, y desde ese momento se cree libre. Verdad es que no tiene el menor derecho que ejercitar: la vida, los bienes, la religión de aquellos ciudadanos que se llaman libres están á merced del emperador. Sin embargo, están contentos. Como lo ha hecho notar un sucesor de los Césares, Napoleón, los romanos no se sublevaron jamás contra los Tiberios y los Nerones. Si había ciudadanos á quienes el emperador mandaba morir, eran aristócratas; el pueblo y las provincias gozaban de la libertad tal como la habían deseado siempre: tenían los goces del poder, el pan y los juegos; no pedían más.

¿Será así como entiende la libertad el catolicismo? Los hechos responderán por nosotros. Sí, la Iglesia ama la libertad, es decir, la dominación; pero esta dominación la quiere para sí, en su beneficio. La libertad antigua había dado por resultado la tiranía de los Césares. A la omnipotencia imperial, la Iglesia añade un nuevo atributo. Los Césares eran divinizados después de su muerte, muchas veces en vida, pero eran falsos dioses. Pero el Hijo de Dios, el Verbo eterno, se encarna y funda su Iglesia en la persona de

San Pedro. La Iglesia es la esposa de Cristo, es decir, que se identifica con Dios; participa del poder divino, participa de su infalibilidad. Por lo tanto el género humano debe humillarse ante ella. La Iglesia ni aún deja á los hombres la apariencia de libertad de que gozaban los antiguos. El pueblo rey podía decir que él era el que había investido á los Césares con su soberanía y que los emperadores no eran más que sus órganos: reinaba por medio de ellos. No sucede lo mismo con la Iglesia: no debe su poder al pueblo, lo debe á Dios mismo: la Iglesia es Dios. ¿Puede quedar ni sombra de libertad á los individuos y á las naciones en presencia del Omnipotente encarnado en su Iglesia?

Hé aquí la *libertad de la Iglesia*. Es el poder soberano, ilimitado. ¿Cómo concilia la Iglesia sus pretensiones con el poder de los príncipes, que á su vez se llaman soberanos? ¿Han de abdicar los reyes á los pies del papa? No; la Iglesia reconoce de buen grado la autoridad real, pero á condición de que el poder temporal esté subordinado al poder espiritual, lo cual equivale á decir que la Iglesia es soberana. Hé aquí por qué transige con todos los gobiernos: despotismo, república, aristocracia, democracia, monarquía absoluta, monarquía constitucional, todo es igual para ella. La humilde esposa de Cristo se vanagloria de ello: su reino no es de este mundo, en cuyo caso, ¿qué le importa el régimen político? Ella se contenta con el imperio de las almas. Hay escritores bastante cándidos para tomar al pie de la letra estas vanas protestas, por más que estén en contradicción patente con los hechos. Es muy cierto que la Iglesia es indiferente á las formas de gobierno; pero ¿por qué? Porque en su doctrina, lo mismo los reyes que los pueblos, deben estarle sometidos. Importa poco, pues, quién sea el soberano nominal: ella solamente es el soberano real. Se ha creído que la Iglesia tenía una cierta predilección por la monarquía absoluta, porque también ella ama la dominación. Esto es verdad, mientras los príncipes consienten en ser sus instrumentos. De aquí la larga alianza, tan celebrada, del trono y del altar. El altar y el trono se entendían para engañar y explotar á los pueblos. Pero no deja de tener sus peligros la alianza. Si hay sobre el trono un príncipe celoso de su soberanía, será el rival de la Iglesia, y el rival puede llegar á ser amo.

Se comprende, pues, que la Iglesia prefiera en este caso la democracia. En ella encuentra masas ignorantes que le es fácil cegar por medio de la superstición: un pueblo fanático es el mejor instrumento de poder, con tal que se tenga cuidado de mantenerlo en su ignorancia, y éste es un arte en que la Iglesia es maestra. Además, es una necesidad en los tiempos modernos. Los reyes se van, al paso que los pueblos quedan y reivindican su soberanía. La Iglesia se acomoda á los tiempos; se hace democrática y social. Hay espíritus rectos y sencillos que se admiran de ello. No reparan que el gorro encarnado es una máscara. Es menester una gran candidez para dejarse engañar. En efecto, ¿qué es una libertad de que se sirve la Iglesia para dominar á los individuos y á los pueblos?

La Iglesia adora la libertad en Bélgica, en Polonia, en Irlanda. Si ésta fuera su convicción, amaría la libertad en todas partes; la amaría, sobre todo, allí donde depende de ella tan sólo el hacerla reinar, en Roma. ¿Pero puede amar la Iglesia la verdadera libertad? ¿Hay libertad política posible cuando los espíritus son esclavos? ¿Y no es de la esencia del catolicismo el mantener en la esclavitud las inteligencias? La Iglesia es enemiga declarada de la libertad de pensar. Es menester que la razón se doblegue bajo su yugo; esclavizada la razón, lo demás marcha perfectamente. Ser á la vez enemigo del libre pensamiento y amigo de la libertad política, es la más imposible de las imposibilidades. En realidad, la Iglesia no quiere ni la una ni la otra. Su amor por la libertad es una mentira; pero por grosera que sea, la Iglesia encuentra siempre tontos. Especula con la estupidez humana; ¡excelente especulación! Allí donde la Iglesia puede contar con la ciega adhesión de las masas, afecta un gran amor por la libertad, enarbola la bandera de la democracia; en caso necesario planta árboles de la libertad en honor de la República. ¡Felices naciones que realizan la alianza de la libertad y de la religión! ¡Felices, sí, si el idiotismo constituye una felicidad! ¡Pero, si la verdadera felicidad, como la verdadera libertad, consiste en el desenvolvimiento más amplio de la inteligencia, qué amarga irrisión la de la libertad unida á la esclavitud del pensamiento! ¡Si la esclavitud del pensamiento pudiera llegar á ser la condición general

de la humanidad, y tal es la ambición de la Iglesia, hasta la noción de la libertad desaparecería!

No escribimos una sátira de la Iglesia; en el curso de nuestros *Estudios* le hemos hecho justicia. Pero aquí se trata de apreciar lo que ha hecho por la libertad de los pueblos, y nosotros respondemos con la historia: nada, porque siempre ha carecido del espíritu de libertad. Cualquiera que sea el sentido que se dé á la libertad, siempre será cierto que es antipática á la Iglesia. ¿Preferís la libertad antigua? Mirad á vuestro alrededor, y seréis de la opinión de Maquiavelo. El gran político, entusiasta por la antigüedad republicana, hace notar con dolor que en la Italia antigua había una infinidad de pueblos que gozaban de la libertad, es decir, que se gobernaban por sí mismos, al paso que, dice, hoy apenas se encuentran algunas ciudades libres. Maquiavelo se pregunta por qué razón los hombres de hoy son menos afectos á la libertad que los de otros tiempos. Y responde que consiste en que son menos fuertes, y que si son menos fuertes, es porque los ha enervado la educación secular de la Iglesia. Ella nos ha enseñado á estimar la humildad y la abyección más que la gloria y la libertad. Ella nos ha enseñado el desprecio de las cosas de este mundo, mientras que los antiguos hacían consistir el bien supremo en la grandeza de alma y la energía (1). Hemos dicho que la Iglesia ama la libertad antigua, el poder supremo, pero es para sí: hé aquí por qué no queda para los pueblos más que la sumisión y la degradación.

Oigamos á un escritor inglés. No le escogemos entre los radicales; consultamos una *Revista* que es el órgano del partido *tory* y de la Iglesia anglicana. El publicista reconoce que la libertad puede coexistir en apariencia con el catolicismo romano. Pero ¿qué libertad? La libertad instrumento, la libertad máscara, la libertad explotada por la Iglesia en beneficio de su ambición inmortal. Ahora bien, la libertad no es un bien más que cuando el hombre la ama por sí misma y como condición de su perfeccionamiento. Esta es la libertad que conduce al *self-government*; si no carece de peligro para el individuo, en cambio constituye su grandeza;

(1) MAQUIAVELO, *Discurso sobre TITO LIVIO*, lib. II, cap. II.

mejor dicho, no tiene valor moral más que en cuanto es libre. La Iglesia, por el contrario, despoja al hombre de toda iniciativa; pretende guiarle como una madre guía á su hijo, con la diferencia de que la madre es todo abnegacion y que la Iglesia es todo egoismo: si se preocupa tanto por su rebaño, es á fin de que el rebaño obedezca ciegamente á su pastor. ¿Cómo conciliar la obediencia pasiva, la inercia moral é intelectual, con la energía que debe desplegar el individuo si quiere ser libre? El hombre libre es un hombre, al paso que el católico romano es una máquina (1).

Abramos ahora la historia, y oigamos testimonios irrecusables, los hechos. Serémos largos, por más que empleemos toda la concision posible. Tenga á bien seguirnos el lector: una vez llegados al término, no sentirá la fatiga del camino. Se trata de nuestro porvenir, de nuestra vida, porque se trata de saber si hemos de ser libres ó si hemos de ser esclavos de la Iglesia.

II.

La Iglesia es reconocida por los Césares romanos. ¿Cuáles son las lecciones que les da? Despues de tres siglos de régimen imperial no quedaba ni sombra de libertad. No hablamos ya de los derechos del hombre; los antiguos no los han conocido jamas; hablamos de la libertad tal cual la comprendian griegos y romanos. Allí no habia ni democracia ni aristocracia: el mundo era esclavo, y un hombre era su señor. ¿Va la Iglesia á constituirse en defensor de la libertad antigua? Nuestra pregunta parece un insulto, pero nos la arrancan las increíbles pretensiones de los escritores católicos. Dicen que el catolicismo es la religion de la libertad. Ahora bien, el catolicismo reina en la córte de los Césares, se halla en presencia de neófitos, trata con príncipes á quienes la Iglesia celebra por su piedad. ¿Qué les predica? ¿Es la libertad? Sí, dicen nuestros católicos demócratas; ved á San Ambrosio enfrente de Teodosio; el Obispo impone una penitencia al Emperador por las matanzas de Tesalónica. Si se quiere saber qué tiene de comun aquella penitencia con la libertad, hay que oír á San

(1) QUATERLY REVIEW, Diciembre, 1852, t. XCII, p. 146 y sig.

Agustin: «El pueblo de Tesalónica, dice, se affigió más de ver humillada á la majestad imperial que lo que se asustó por su cólera» (1). ¿Es un cortesano el que habla, ó es un obispo? Los obispos eran cortesanos: lo que predicaban á los Césares no era la libertad de los pueblos, sino la libertad de la Iglesia. Sí, San Ambrosio pasa por ser un campeón de la libertad eclesiástica. ¿Y qué es esta libertad? La penitencia que el Obispo de Milan impuso á Teodosio fué invocada por Gregorio VII como una prueba de la autoridad que la Iglesia ejerce sobre los príncipes (2). Hé aquí lo que llama su *libertad*: cuestion de poder y de dominacion.

La *libertad* de la Iglesia se conciliaba perfectamente con el despotismo de los emperadores. En caso necesario la Iglesia excitaba á los déspotas. Hemos oido á San Ambrosio, ese intrépido defensor de la libertad eclesiástica, excitar á los Césares á castigar á los herejes y á los infieles. La libertad de conciencia, se dice, es de origen cristiano. Por lo ménos no la debemos á la Iglesia, porque aquellos á quienes ella honra como sus Padres no predicaban más que persecucion; carecen hasta tal punto de la idea de libertad religiosa, que la consideran como un crimen. ¡Ah! debemos añadir que no comprendian mejor la libertad civil que la libertad religiosa. Los emperadores pretendian estar por encima de las leyes, y la Iglesia aceptaba esta degradante doctrina; ¿qué digo? la enseñaba á los pueblos como una verdad divina. San Ambrosio dice que las leyes humanas no tienen poder sobre los reyes; que aun cuando fuesen asesinos, su autoridad les pone á cubierto de la justicia (3). Añade, es verdad, que los príncipes están sometidos á Dios (4). ¡Magnífica garantía! Esto quiere decir que los príncipes están sometidos á la Iglesia. ¡Siempre la *dominacion* de la Iglesia á guisa de *libertad*!

Si esta dominacion despoja á los reyes de su soberanía, ¿lo hace en beneficio de las naciones? Es una sangrienta irrisión el hablar de libertad bajo el régimen de los Césares y bajo el régimen de

(1) AUGUSTINUS, *De Civitate Dei*, v, 26.

(2) Véase mi *Estudio sobre el Pontificado y el imperio*, t. VI de esta edicion castellana.

(3) AMBROSIUS, *Apologia David*, IV, 15, 10 (*Op.*, t. I, p. 681).

(4) IDEM, *Epist.* LVII, 8, (*Op.*, t. II, p. 1011).

la Iglesia. La vida misma de los ciudadanos estaba á merced de la venganza ó del capricho de los príncipes. Hemos contado en otra parte la insurreccion de la ciudad de Antioquía en tiempos de Teodosio el Grande, el matador de Tesalónica. Intervino la Iglesia. El Arzobispo de Antioquía se echó á los piés de César y obtuvo la gracia de los culpables. ¿Fué en nombre de la libertad? Hasta la palabra habia caído en olvido; el exceso de opresion fué lo que habia llevado á una gran ciudad á sublevarse. ¿Excitó al ménos el orador cristiano al emperador á la moderacion? Ni una palabra en los discursos de San Crisóstomo revela que el Padre de la Iglesia haya tenido conciencia del mal que destruía el imperio, el despotismo. No apela más que á la caridad y á los terrores religiosos del déspota (1).

Los romanos del siglo IV no tenían ya el sentido de la libertad, y preciso es decirlo, los cristianos lo tenían ménos todavía. Si frente á los abusos de la fuerza eleva su voz la Iglesia, es por proteger á las víctimas de la violencia; no le inspira la conciencia de los derechos del hombre; desconoce estos derechos, y aun cuando los conociera, no podría reivindicarlos, porque su dogma le impone la obediencia; acepta el despotismo, hace más, lo diviniza. Una sola libertad le preocupa, la suya; pero esta libertad significa dominacion, servidumbre del Estado y servidumbre de los individuos.

Se alega una excusa en pro de la Iglesia, y es que no se puede exigir de ella el sentimiento de la libertad en una época en que la libertad habia desaparecido del mundo. Aceptamos la excusa para los hombres; no recriminaremos á San Ambrosio ni á San Crisóstomo por no haber reivindicado la libertad. Pero si los hombres son excusables, la Iglesia no lo es. ¿No dice ser la Esposa de Cristo? ¿No pretende ser el órgano de la sociedad eterna? ¿Acaso la libertad no forma parte de la verdad que ella tiene en depósito? Si la Iglesia es una institucion humana, se pueden alegar en su favor circunstancias atenuantes. Pero si es instituida por Dios, entonces es culpable. Por mejor decir, tanto sus doctrinas como

(1) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*, t. IV, p. 405 y sig. de esta edición castellana.

sus actos prueban que su origen divino es un error ó una impostura. Esto es lo que se debe proclamar muy alto: tiempo es de que la verdad reemplace á las ficciones católicas.

Se adula ó por lo ménos se guardan consideraciones á los poderosos. Ahora bien, la Iglesia ha sido hasta nuestros días una potencia, la más formidable de todas; conserva todavía hoy el imperio de las almas allí donde reina la ignorancia. Esto es lo que explica las vulgaridades de los escritores políticos, incluso de un Montesquieu; al hablar de la Iglesia parece que habla de una gran señora: «Un príncipe, dice, que ama la religion y que la teme es un leon que cede á la mano que le halaga ó á la voz que lo apacigua. Aun cuando fuera inútil que los súbditos tuviesen una religion, no lo sería que los príncipes la tuvieran, y que blanqueáran de espuma el único freno que pueden tener los que no temen las leyes humanas.» El lenguaje es magnífico, pero todo esto no son más que frases. Hemos recordado en otra parte los hechos de los primeros emperadores cristianos. El *freno de la religion* no contenía gran cosa á aquellos *leones*: uno de ellos hizo correr la sangre de su esposa y de sus hijos; otro inmoló á su cólera una poblacion entera. ¿Por qué habian de violentar sus pasiones? Protegian á la Iglesia y esto reemplazaba en ellos á todas las virtudes; la historia, escrita á la manera que lo hacen los católicos, les da el título de *grande*.

Otros escritores sustituyen á la realidad con sus ilusiones. Hablan de la idea cristiana de la libertad, oponiéndole la idea romana. Segun ellos, el cristianismo inauguró la era de la libertad moderna. La inauguracion parece una sátira, cuando se comparan estas vanas palabras con la doctrina de la Iglesia y con sus actos. San Ambrosio acaba de decirnos lo que era la idea cristiana de la libertad, y el Bajo-Imperio nos muestra lo que hubiera llegado á ser la humanidad bajo el régimen de la Iglesia. Para salvar la cristiandad de la podredumbre de la antigüedad fué preciso que Dios enviase á los bárbaros. ¿Comprendió la Iglesia que la mision providencial de los pueblos del Norte era regenerar al mundo por la libertad? Puesto que es la Esposa de Cristo, puesto que no forma más que uno con Dios, debe estar en los secretos de la Providencia. Consultemos los hechos. La Iglesia, im-

buida en las preocupaciones romanas, no vió en los germanos más que bárbaros. Eran bárbaros, pero en su barbarie había un gérmen de vida y de porvenir, la libertad, al paso que la civilización romana estaba infectada de un gérmen de muerte, el despotismo. ¿Desarrolló la Iglesia el sentimiento de libertad? Enseñó á los príncipes bárbaros, sus nuevos discípulos, que su poder era de derecho divino, y que su persona era sagrada. Gregorio, obispo de Tours, dice á Chilperico, el Neron de las Galias: «Si cualquiera de nosotros se separa del camino de la justicia, puede ser corregido por tí; pero si eres tú el que comete la falta, ¿quién te reprenderá? Nosotros te hablamos, y si tú quieres nos escuchas, pero, y si no quieres, ¿quién te condenará? Solamente Aquel que ha dicho que era la justicia misma» (1).

La Iglesia fué más léjos. Acabamos de recordar las lisonjas que prodigó á los Constantinos y á los Teodosios, por más que estuviesen cubiertos de sangre inocente. Tampoco en las Galias escatimó el incienso á los nuevos señores. La Historia nos dice que los Merovingios se mancharon con todos los crímenes imaginables, hasta el punto de que aquella *abominable raza sálica* da horror á la posteridad (2). ¿Es ésta también la opinión de la Iglesia? Clodoveo era el protector de la Iglesia, el campeón de la fe ortodoxa contra los pueblos *arrianos*: esto borra todos sus delitos. Gregorio, el obispo de Tours, no oculta los crímenes del rey de los Francos, pero los considera casi como un mérito y una virtud: «Dios hacía caer bajo el brazo de Clodoveo á sus enemigos, y ensanchaba su reino, porque caminaba con un corazón piadoso y hacía lo que era agradable á Dios», es decir, á la Iglesia.

Hé aquí las lecciones que la Iglesia daba á los bárbaros. Si el espíritu de libertad que animaba á los germanos hubiera podido ser ahogado, la Iglesia lo hubiera hecho. Órgano y heredera de la tradición romana, veía un ideal en la unidad de Roma, y trató de restablecerla, lisonjeando la ambición y la codicia de los reyes bárbaros; porque el régimen romano era una admirable máquina

(1) GREGOR. TURONENS., *Hist.*, v, 19.

(2) Véanse las pruebas en mi *Estudio sobre los Bárbaros y el Catolicismo*, t. v de esta edición castellana.

mientras se trataba de llenar el tesoro del príncipe. Estas vanas tentativas se estrellaron contra el espíritu individualista de la raza germánica. ¡Felizmente para la humanidad! La unidad romana era la omnipotencia del Estado, era el despotismo con la decadencia y la muerte en pos de sí: el individualismo bárbaro es el gérmen de nuestra libertad, el principio de la verdadera civilización, porque no hay civilización más que por el desarrollo de las fuerzas individuales, y no hay progreso posible sin libertad.

§ II.— El Pontificado y el Imperio.

I.

La Edad Media se inaugura con el feudalismo. Al mismo tiempo el pontificado se consolida bajo la mano poderosa de Gregorio VII y reivindica sobre los príncipes y los pueblos el poder que pertenece al alma sobre el cuerpo. Es la época de la dominación de la Iglesia. ¿Cuál es el sentido de esta dominación? La Iglesia la llamaba su *libertad*; diríase que basta esta palabra para causar ilusión. Chateaubriand cree en las palabras de los papas; ve en ellos los precursores del 89: «Tribunos, dictadores, dice, casi siempre escogidos entre las clases más oscuras del pueblo, los papas deben su poder temporal á la clase democrática; tuvieron por misión vengar y conservar los *derechos del hombre*» (1). Lamennais abunda en la misma opinión; exalta á Gregorio VII como «el patriarca del liberalismo europeo»; celebra á los soberanos pontífices como «los defensores de los derechos sagrados de la inteligencia contra la fuerza bruta» (2).

Los grandes nombres que acabamos de citar nos imponen respeto; pero la verdad tiene todavía más derecho á nuestros homenajes, y la verdad nos obliga á decir que esta manera de concebir

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultra-tumba*.

(2) LAMENNAIS, *El Porvenir*.—ID., *del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política*.